

EL CEREBRO ARGENTINO

UNA MANERA DE PENSAR, DIALOGAR
Y HACER UN PAÍS MEJOR

FACUNDO
MANES
MATEO NIRO



libros del
Zorzal

 Planeta

EL CEREBRO ARGENTINO

UNA MANERA DE PENSAR, DIALOGAR
Y HACER UN PAÍS MEJOR

FACUNDO
MANES
MATEO NIRO

Introducción

El cerebro argentino es igual al del resto de los seres humanos. Los mismos rasgos biológicos generales, estructuras anatómicas y funciones están en todas las personas de todas las culturas. Pero, al mismo tiempo y aunque parezca contradictorio, todos los cerebros son diferentes porque la interacción de los genes con el ambiente —el contexto social, los gustos y las experiencias— hace que el cerebro de cada uno esté cambiando permanentemente a lo largo de la vida.

A veces pensamos que tomamos decisiones de manera autónoma, pero en realidad muchas están moldeadas por las experiencias almacenadas en nuestro cerebro. Aunque no seamos conscientes de que ocurre, la cultura influye en la forma en que vemos el mundo, en la manera que enfocamos los problemas y cómo los resolvemos. En todo ello inciden la relación con el pasado y el futuro, la moral y las emociones, la interacción con el otro, el modo de entender y buscar la felicidad. Es así que la toma de decisiones está fuertemente atravesada por las acciones y pensamientos de quienes nos rodean de manera próxima pero también por la sociedad en la

que vivimos, por las historias comunes y por las normas sociales establecidas.

La cultura es el conocimiento adquirido para afrontar la vida, es compartida por un grupo específico de personas y se trasmite de generación en generación. El cerebro funciona como *la sede de la cultura* ya que es ahí donde se almacena ese conocimiento. Algunos definen la cultura como “las creencias habituales y valores que los grupos étnicos, religiosos y sociales transmiten de forma casi inalterada de generación en generación” o como “la conformación de un repertorio o juego de herramientas, hábitos, habilidades y estilos con los cuales las personas construyen las estrategias de acción”. Personas de diversas culturas a menudo hacen las cosas de manera muy distintas. Esto no significa, como dijimos, que el cerebro sea anatómicamente diferente según la nacionalidad, sino que todo este conocimiento aprendido (el valor de la amistad y la solidaridad, la puntualidad o impuntualidad, el gusto por el asado) se almacena en nuestro cerebro de manera particular. Las culturas difieren en sus normas (lo que se supone que la gente debe hacer en ciertas situaciones), en sus valores (proteger el honor de la familia) y en sus formas de pensar.

Nuestro cerebro es una gran máquina de aprender y tiene la capacidad de modificarse a sí mismo constantemente para mejorar nuestras respuestas frente al ambiente. Una manera en que realiza esto es formando modelos de respuesta frente a ciertas situaciones típicas

o repetitivas. Identifica regularidades del ambiente o contextos específicos y desarrolla paquetes de información y patrones de conducta más o menos fijos para esos contextos. Pensemos en cuando vamos al supermercado, allí sabemos qué vamos a encontrar y de qué manera vamos a comportarnos. La psicología cognitiva llamaba a estos modelos mentales “guiones”, porque organizan nuestra conducta de un modo predecible y estructurado. Pensemos ahora también en un género musical: cuando escuchamos un tango, unos pocos acordes nos permiten saber qué podemos esperar luego, y podemos saber también de qué temas nos hablarán sus letras. Como estos hay muchos ejemplos de cómo nuestro cerebro forma patrones mentales sobre eventos, que nos permiten identificar más rápido ciertas situaciones y actuar en consecuencia. Esto hace más eficiente nuestro sistema cognitivo, evitando que tengamos que volver a procesar una misma situación una y otra vez como si fuera nueva. Algunos de estos mecanismos son muy simples y automáticos, como los hábitos motores, y otros muy complejos, como los esquemas cognitivos que formamos sobre nosotros mismos y sobre el mundo. Estos esquemas son sistemas de creencias y actitudes profundamente arraigadas, que se construyen en la infancia a partir de los diferentes modelos (familia, escuela, cultura, sociedad y otros significativos) y que se viven como verdades *a priori*. Estos patrones nos permiten organizar nuestra experiencia y nos dan un marco para entender el mundo.

Son importantes creencias y sentimientos acerca de uno mismo, de los demás y del mundo. Tendemos a relevar la información que los confirma y a desestimar la que los cuestiona. La formación de esquemas contribuye, a su vez, a organizar y preservar la identidad personal. Estos son centrales en el concepto que tenemos de nosotros mismos, por eso son muy resistentes al cambio y tienden a autopropetarse. Es como si usáramos lentes de un color determinado y entonces generamos una tendencia a ver las cosas de ese color (por ejemplo, sentimientos de imperfección, tendencia a sacrificar las propias necesidades por las de otras personas, dependencia no saludable, etc.). No se trata solo de las ideas, sino también de respuestas emocionales. Vemos el mundo a través de esquemas, y transitamos por él, intentando confirmarlos. Nos aferramos a ellos, incluso cuando nos perjudican. Todos construimos esquemas que nos sirven porque funcionan como ordenadores de los datos de la realidad. Cumplen una función práctica y económica. Concentran información, son cómodos, seguros y resultan familiares. Pero existen ciertos esquemas que están armados en base a creencias disfuncionales construidas a partir de necesidades emocionales no satisfechas en la infancia, experiencias tempranas y el temperamento biológico innato de cada uno. Estos esquemas al ser muy rígidos y difíciles de cambiar, crean un modo disfuncional de interpretar las situaciones, produciendo sufrimiento en la persona y en el entorno, conllevan sentimientos intensos como

la tristeza, la ira y la ansiedad y suelen ser activados por experiencias ambientales relevantes o coherentes con un esquema concreto, que los gatillan.

El modelo cognitivo plantea la hipótesis de que las percepciones de los eventos influyen sobre las emociones y los comportamientos de las personas. Es decir, lo relevante no está puesto sobre las situaciones que la vida nos presenta, por fuera de las personas, sino más bien en la interpretación que se realiza de esas situaciones. Ante una misma situación, diferentes personas pueden atribuirle significados diferentes. ¿Cómo se explica esto?

Estos sesgos mentales funcionan como una suerte de atajos que nos permiten resolver de manera simple y sin demasiado esfuerzo cognitivo problemas en la vida cotidiana. Para entender mejor este concepto, podemos imaginarnos que nuestra mente es como una cámara fotográfica que cuenta con ajustes manuales y automáticos. Estos últimos nos sirven para captar rápida y fácilmente un paisaje o una escena. Los sesgos actuarían análogamente de esta manera. Más adelante volveremos con esta comparación.

Existe una amplia variedad de sesgos cognitivos que suelen responder a la evolución y fueron de gran utilidad para la supervivencia humana. Así, la preferencia por la comida que tiene sabor dulce frente a la de sabor amargo descansa en el hecho de que en el mundo vegetal son numerosos los alimentos dulces que contienen fuentes de energía y muchos los alimentos amargos que contienen

veneno. Por su parte, un sesgo frecuente es el pensamiento dicotómico, que plantea oposiciones *blanco o negro*. Se expresa en una concepción extremista de los eventos que, por ejemplo, asume que nunca les va a ir bien o cuando asume que determinado político es bueno o es malo. Otro sesgo del pensamiento es la minimización o maximización de los hechos. Consiste en amplificar los aspectos negativos de una situación a la vez que se minimizan los positivos, por ejemplo, si se consiguió un ascenso laboral, se asume que se trata de suerte y no de un logro personal. Algunos investigadores proponen que los sesgos pueden *filtrar* la memoria, en consecuencia, sostienen que las personas con depresión recuerdan predominantemente la información negativa.

Otro sesgo es el “efecto halo”, que nos lleva a trasladar de manera directa una cualidad particular de una persona hacia el resto de sus características (*si es bueno para una cosa, es bueno para esto otro*); otro es el que otorga mayor intensidad al dolor por una pérdida que al placer de una ganancia (aversión a la pérdida).

Estas formas de construir la realidad guían las emociones y las acciones de las personas. Los sesgos existen porque la mayoría de las veces estos mecanismos permiten hallar respuestas en forma rápida y efectiva y, generalmente, producen respuestas aproximadamente acertadas para sobrevivir. Sin embargo, como no son flexibles, es probable caer en equivocaciones. Por ejemplo, las fallas que se cometen comúnmente al realizar juicios de probabilidad

fueron estudiadas por los psicólogos israelíes Daniel Kahneman —el primer psicólogo en ganar el premio Nobel de Economía— y Amos Tversky. Según ellos, estos errores corresponden a limitaciones en el procesamiento de la información. Las personas suelen desconocer las reglas de la estadística o no tienen la capacidad para realizar los cálculos en forma mental de modo de poder llevar a cabo un razonamiento estadístico acertado. Por lo tanto, hacen inferencias movidas por la intuición, siguen en realidad reglas heurísticas que, incluso, tienen la apariencia de juicios razonables.

Diversos estudios señalan que las personas tienden a tomar distancia de los hechos que van en contra de sus creencias. Y en el caso de que ese sistema de ideas se vea amenazado, la respuesta suele ser negar la trascendencia de esos datos que la contradicen. Generalmente, no se cuestionan las creencias porque conforman la propia visión general del mundo que nos permite sentirnos seguros. En este sentido, es interesante detenernos en el denominado “sesgo de confirmación”. Consiste en un comportamiento habitual que se basa en buscar y, por lo tanto, encontrar pruebas que nos sirven para apoyar nuestras propias creencias. Partimos de ideas previas y en las discusiones y los debates buscamos la información que las confirme. Tendemos, entonces, a negar o ignorar las evidencias que las contradicen. Este sesgo también atañe a la interpretación. Se considera que existe una interpretación sesgada cuando ante pruebas ambiguas o

neutrales se interpretan los datos unidireccionalmente de acuerdo con la propia postura. El sesgo de confirmación interviene en el afianzamiento de los estereotipos que construimos sobre las personas. Cuando conocemos a un extranjero vamos a preguntarle por los gustos y las actividades que asociamos como típicas de su país. Es decir, vamos a buscar la información que reafirme nuestros estereotipos. Al respecto, la psicóloga estadounidense Catherine Sanderson explica cómo actúa la selección de la información que tomamos o que ignoramos. Afirma que dejamos de lado y olvidamos aquello que se contraponen con nuestros supuestos; mientras que tendemos a aceptar y recordar los datos que son consistentes con los estereotipos. Así, nos parece obvia nuestra postura; pero, en realidad, no estamos recordando los argumentos que existen en contra. Más allá de las pruebas de laboratorio, podemos recordar cualquier discusión que hayamos tenido en algún bar de Córdoba, Buenos Aires o Mendoza entre amigos por una cuestión determinada: muy probablemente, después de interlocuciones airadas, argumentaciones sesudas y apelaciones a la falacia argumentativa *ad hominem* (lo que comúnmente llamamos “chicanas”), al concluir, nadie haya cambiado su opinión inicial. Todo esto se exagera si se trata de asuntos que afectan las emociones o que atañen ideas muy arraigadas. Como resultado, lo más común es que no solo no hayamos cambiado de opinión sino que se refuerce y aumente la confianza en el propio sistema de creencias.

Este libro, entonces, más que *El cerebro argentino*, podríamos haberlo llamado más apropiadamente *El sesgo argentino*. Es ahí donde queremos focalizar, ahondar, problematizar y, en tal caso, intentar cambiar.

Reflexionar sobre las ideas que guían nuestro comportamiento personal y social y, en el caso necesario, modificarlas es dificultoso, incluso cuando se trata de hábitos perjudiciales para nosotros mismos, porque implica abandonar la zona de *comfort* conocida por algo nuevo que puede, al principio, generar cierto malestar. Para hacerlo tendríamos que sacar la mente del “modo automático” y aunque sea trabajoso, ponerla a trabajar de “modo manual”. Flexibilizar y poner en tela de juicio nuestros pensamientos, especialmente aquellas cogniciones que interfieren negativamente con nuestra vida es una estrategia de gran ayuda para cada uno y para la comunidad.

► **¡Yo, argentino!** *fr. pr. coloq.* Expresión indicativa de que no se desea intervenir en algo para lo que se es requerido. Implica “lavarse las manos” ante un asunto. *Obs. La frase habría nacido, según algunos autores, con la Primera Guerra Mundial. Los argentinos de viaje por Europa, al ser detenidos o interrogados o en cualquier trámite en que se consultaba*

su identidad nacional, la decían, con lo que señalaban que no pertenecían a ninguno de los dos bandos en pugna. Se sigue usando con igual sentido, más allá de situaciones bélicas. Otros, en cambio, la refieren a la revolución que encabezó José E. Uriburu, el 6 de septiembre de 1930. Los transeúntes, al ser sorprendidos por tropas de uno u otro bando, decían la frase para indicar su neutralidad en la contienda.

La necesidad de pensar en nosotros mismos

Toda revolución tiene un orador y la de 1810 lo tuvo: el abogado Juan José Castelli, vocal de la Primera Junta de Gobierno. El escritor Andrés Rivera recrearía sus últimos días en la novela *La revolución es un sueño eterno*, ganadora del Premio Nacional de Literatura de 1992, conmovido por el simbólico hecho de que quien fuera el orador de la revolución muriera de cáncer de lengua. Rivera imagina un Castelli que, como ya no puede hablar, escribe sus pensamientos y reflexiona sobre ellos. Así comienza la novela: “Escribo: un tumor me pudre la lengua. Y el tumor que la pudre me asesina con la perversa lentitud de un verdugo de pesadilla. ¿Yo escribo eso, aquí, en Buenos Aires, mientras oía llegar la lluvia, el invierno, la noche? Escribí: mi lengua se pudre. ¿Yo

escribo eso, hoy, un día de junio, mientras oía llegar la lluvia, el invierno, la noche?”.

Esta habilidad que tenemos de reflexionar sobre nuestros propios pensamientos y de evaluar la precisión de las decisiones que tomamos se denomina “metacognición”. Es aquella capacidad que nos permite emitir juicios sobre nuestras propias ideas. La metacognición también interviene en el aprendizaje cuando abstraemos una estrategia que sirvió para un problema del pasado y lo aplicamos a un problema nuevo. Así intentamos proceder en este libro: pensar cómo pensamos los argentinos. Esta es su motivación y su objetivo. Y si fuese posible, a partir de eso, hacer(nos) un país mejor.

En la década del 70 el psicólogo norteamericano John H. Flavell definió “metacognición” por primera vez como el conocimiento que tenemos sobre nosotros mismos, nuestras actividades y las estrategias que utilizamos cotidianamente. Cuando *hacemos esto*, nos convertimos en audiencia de nuestro propio desempeño intelectual, nos volvemos observadores activos y reflexivos de nuestro pensamiento. “Yo, ¿quién soy? Yo, que me pregunto quién soy, miro mi mano, esta mano, y la pluma que sostiene esta mano, y la letra apretada y aún firme que traza, con la pluma, esta mano, en las hojas de un cuaderno de tapas rojas”: así es como se mide el Castelli de Rivera. Dos aspectos fundamentales están involucrados en esto. Estos son, por un lado, la habilidad de pensar sobre lo que pensamos, aprendemos y conocemos; y, por otro,

la capacidad de planificar, autorregular y monitorear la manera en la que lo hacemos.

Si bien todos tenemos esta habilidad metacognitiva, no somos igualmente exitosos al momento de ponerla en práctica. Diversas investigaciones exponen que quienes son eficientes en la resolución de problemas tienen más desarrolladas estas habilidades metacognitivas. Por lo tanto, suelen reconocer los errores en el propio pensamiento y monitorear los procesos de reflexión. Ahora bien, también es posible estimularla y desarrollarla más eficazmente. Por este motivo, sería muy beneficioso que se la considerara más, especialmente, en el ámbito educativo. Los educadores, al transmitir conocimiento, pueden contribuir con múltiples estrategias a su impulso. Si los alumnos reflexionan activamente sobre su propio proceso de aprendizaje y pensamiento, pueden ser más conscientes, por ejemplo, para la autocorrección. Además de tener un impacto positivo en la educación, la ciencia de la metacognición contribuye a la reflexión sobre culpas y castigos en el ámbito judicial, sobre los tratamientos en las enfermedades neurológicas y psiquiátricas, y en la interpretación de la propia naturaleza humana.

Una sociedad que le atribuye relevancia a la propia conciencia, puede también reflexionar sobre sus decisiones, sus procesos, sus juicios, sus errores y sus proyectos. Nosotros podemos hacerlo. Así, en soledad y en sus últimos días, lo exhibe el Castelli de la novela de Andrés Rivera: “En esas desveladas noches de las que te hablo,

pienso en el intransferible y perpetuo aprendizaje de los revolucionarios: perder, resistir. Perder, resistir. Y resistir. Y no confundir lo real con la verdad”.

¿Cuál es la realidad?

Contrariamente a lo que entendemos de manera intuitiva, nuestras percepciones no son copias directas y fieles del mundo que nos rodea. El cerebro no es una cámara filmadora que capta de manera pasiva nuestro entorno, sino que elabora representaciones y modelos de esos eventos externos. Toma información y la tamiza para encontrar patrones y así construir, como un *show multisensorial y technicolor*, nuestra realidad.

Existe cada vez mayor evidencia neurocientífica de que lo que percibimos no es lo que es el mundo en sí sino un modelo y una predicción de lo que nuestro cerebro cree que *el mundo debería ser*. Después de estar expuesto a fenómenos asimilables muchísimas veces (el movimiento de objetos, las reacciones interpersonales, la próxima palabra de nuestro interlocutor, la manera en la que se combinan los colores, etc.), el cerebro se entrena para predecir lo que va a suceder momentos antes de que efectivamente suceda. Y funciona así para minimizar la sorpresa que puede generar nuestro ambiente, un mecanismo sumamente adaptativo en la evolución. El ser humano es capaz de predecir cómo vestirse, según el clima, para no enfermarse y la aparición de un animal al

oír determinado sonido desde los arbustos para cazarlo o huir, según el caso. Cuando vemos el animal, no tenemos que reconocerlo de la nada, ya que si vivimos situaciones parecidas a esa o lo hicieron nuestros antepasados, preactivamos su representación mental. En el caso de no existir esa experiencia previa, la información ingresa al cerebro y avanza en forma de *error* para esas predicciones, que a su vez reactualizará predicciones futuras para minimizar la sorpresa.

Desde la perspectiva de la evolución, procesar la información sensorial integralmente requiere más tiempo del que podemos disponer los seres vivos si queremos sobrevivir. Es por eso que, de alguna manera, vivimos en el pasado. El cerebro no puede utilizar solamente la información sensorial entrante del ambiente, ya que sería muy ineficiente y lento analizar con detenimiento todos los rasgos de lo que vemos, oímos y tocamos para poder luego inferir qué se está percibiendo. Esto maximizaría su ineficiencia en situaciones ambiguas, por ejemplo, al preguntarnos cada vez: ¿esta figura alargada es una rama o una serpiente? La evolución priorizó estrategias cognitivas que no necesitaran detenerse para analizar todos los rasgos de un estímulo, sino inferir rápidamente y actuar. Los que se pararon a pensar mucho tiempo no sobrevivieron y no pudieron pasar sus genes a la siguiente generación.

El arte, desde el cine y la pintura hasta la literatura, muchas veces busca explotar este error en nuestras predicciones. Las obras artísticas buscan generar una ilusión

inicial y agrandar lo más posible la sorpresa subsiguiente. Los teóricos de la literatura llamaron a esto “extrañamiento”. Por su parte, el cine de terror constantemente busca generar una sorpresa e inducir el miedo mediante situaciones riesgosas, pero en la situación segura del cine o el hogar. Es probable que estas películas capten tanto nuestra atención porque nos permiten simular los riesgos del mundo sin padecerlos. Esto es muy adaptativo biológicamente por más inverosímil que sea el *thriller*. De hecho, a algunos les cuesta dormir a la noche después de una hora y media de estar aterrorizados. El cerebro no puede dejar de asimilar estos *peligros* del mundo como verosímiles aunque no lo sean, para anticipar su aparición en el futuro, un legado de la evolución.

La percepción de la realidad tiene menos relación con lo que pasa fuera que con lo que está dentro de nuestra mente. El cerebro crea la realidad, por lo cual al describir el mundo externo también estamos hablando de nosotros mismos.

► **De cabeza.** *loc. adj. rur.* Con ahínco, con dedicación.

La imposibilidad de reconocer

Otro concepto de las neurociencias que resulta fundamental traer a cuenta para este libro sobre nosotros mismos es

el de la “anosognosia” (del griego *a*: sin, *nosos*: enfermedad y *gnosia*: conocimiento) o la imposibilidad de reconocer una enfermedad. La anosognosia es un síntoma que se presenta en diversas enfermedades neurológicas y consiste en la falta de reconocimiento de una dificultad como, por ejemplo, la parálisis de un miembro o de la falla en funciones cognitivas.

Veámoslo primero desde la ciencia. El primer caso en el que se mencionan los síntomas de la anosognosia se puede encontrar en una carta del filósofo de la Antigua Roma Séneca donde le describe la sintomatología que padece una señora a un conocido. Los primeros casos descritos en medicina fueron realizados por los neurólogos Von Monakow en 1885 y Anton en 1896. En 1914 el reconocido neurólogo Joseph Babinski finalmente acuñó el término cuando estudiaba el desconocimiento que tenía un paciente de su propia hemiplejía izquierda, una parálisis de la mitad de su cuerpo. Algunos pacientes como el de Babinski pueden no tener conciencia de que no les es posible mover un brazo e, incluso, llegan a no reconocer ese brazo como propio, un autoengaño denominado “somatoparafrenia”. Otro caso famoso del neurólogo indio Vilayanur Ramachandran está dado por una paciente a la que le pregunta si puede mover el brazo paralizado (por supuesto no lo mueve) y ella le responde que sí. Luego le pide que aplauda y solo mueve el brazo derecho que no tiene afectado. Le pregunta si mueve los dos brazos y responde otra vez que sí.

Finalmente le pregunta de quién es ese brazo mientras le señala el brazo izquierdo que tiene paralizado y la mujer le contesta: “Es suyo”.

La anosognosia puede darse de diversas formas, por ejemplo, en déficits de visión. El síndrome de Antón es una de estas, y se caracteriza por la negación de una ceguera que es causada por lesiones occipitales bilaterales extensas en la corteza cerebral. El paciente está ciego, pero no tiene conciencia de ello. Otra anosognosia que comprende la visión sucede en pacientes que tienen afectada la mitad del campo visual y que, en consecuencia, no lo perciben (afección conocida como “hemiapnosia”). La anosognosia puede involucrar también el desconocimiento de problemas en las funciones cognitivas. Los pacientes que tienen afasia, es decir, una dificultad en la producción o comprensión del lenguaje producto de una lesión cerebral, pueden no ser conscientes de sus fallas para expresarse o comprender. También se presenta en pacientes que poseen un déficit de memoria y no lo perciben. En casos más leves, quienes padecen este síntoma reconocen la alteración de las funciones pero le restan importancia.

La anosognosia no es un mecanismo psicológico de negación. Tiene una base anatómica, que si bien suele identificarse con lesiones en los lóbulos parietales o frontales, también puede coincidir con daño en otras áreas del cerebro. En el campo de las neurociencias conductuales, se considera de manera amplia como un “déficit de

conciencia de la enfermedad”. Así, se reconoce dentro de este cuadro la alteración en la percepción de los daños que son producto de enfermedades neurodegenerativas, como las demencias, o de un daño cerebral adquirido, como en las infecciones cerebrales, los traumas craneoencefálicos o los accidentes cerebrovasculares.

Por supuesto que se trata de una condición que resulta sumamente compleja porque afecta la percepción del problema, lo que se transforma en una doble dificultad ya que muchos de estos pacientes no buscan tratamiento. Es tal la importancia de este concepto dentro de la ciencia que nos permite traerlo a reflexiones sociales, porque muchas veces la gravedad de nuestros síntomas radica en que la rehabilitación depende en mayor medida del reconocimiento de nuestro déficit. Por lo tanto, la implementación de soluciones se ve retrasada mientras persista esta condición y, consecuentemente, la mejora de la calidad de vida.

Una metáfora de esto parece el lamento del poeta en la canción que solía cantar Miguel Abuelo “Se me olvidó que te olvidé” cuando dice que, justamente por eso, le volvió a sangrar la herida, a él que nada se le olvida.

► **Sacar los trapitos al sol.** *loc. vb. coloq.* Echar en cara a alguien sus faltas o defectos haciéndolo públicamente para que trascienda a terceros.

¿Quién tiene la culpa? El caso de las culturas individualistas y colectivistas

Si bien tenemos cerebros similares a los de todo el mundo y vivimos en una sociedad globalizada en la que es posible interactuar con cualquiera con absoluta facilidad, recibir noticias, compartir información e incluso videos caseros de cualquier parte, los argentinos estamos atravesados por distinciones moduladas por tradiciones, concepciones y formas de ver las cosas. De hecho, al viajar a otro lado del mundo, es relativamente fácil reconocernos entre muchos por los modos de hablar pero también por ciertas actitudes y conductas. ¿O no somos capaces de coincidir de manera más o menos precisa cuando decimos que *los argentinos somos así?* ¿O no son los demás que dicen *los argentinos son así?* ¿De dónde surge esa idiosincrasia y los estereotipos por lo que muchos (incluso nosotros mismos) nos identifican?

Pongamos como ejemplo en este apartado un caso muy general para que, desde ahí y en lo sucesivo, pueda aplicarse al detalle: investigadores de la psicología social proponen que existen tipos de cultura más individualistas y tipos de cultura más colectivistas, aunque, por supuesto, dentro de ellas existan todos los perfiles y aspectos posibles del ser humano. Según estas teorías, las primeras conciben a las personas como entidades únicas independientes de las demás. Por eso quienes forman parte de estas culturas construyen una imagen de sí mismos de acuerdo con sus rasgos, atributos y capacidades

personales. Consecuentemente, las formas de relacionarse suponen determinadas características. Se los describe como grupos autónomos en los que se privilegia la expresión de la voz propia y el logro de las metas individuales. En cambio, las culturas colectivistas entienden a los individuos en relación con los otros y con el medio ambiente. En estos casos, la imagen de sí mismos se vincula con las relaciones sociales y sus seres más cercanos están incluidos en su visión. Se enfocan, por ende, en la conexión con los otros, y de ello depende su sentido de la felicidad. Así establecen relaciones grupales de interdependencia y sus vidas se orientan hacia las metas colectivas. Ahora bien, ¿estas características más individualistas y más colectivistas las decidió cada una de las personas que integran esas comunidades y, producto del inmenso azar, coinciden en un mismo territorio y forman una misma cultura? Claro que no.

Las personas tenemos múltiples necesidades que no son universales sino que varían según las culturas. Por ejemplo, la teoría de la autodeterminación, propuesta por los investigadores Edward Deci y Richard Ryan, indaga sobre tres necesidades: la de autonomía, la de relacionarse y la de ser competente. La satisfacción depende en gran parte del contexto, y redundará en el bienestar y la salud mental de las personas. Cuando se evaluó esta teoría en ocho culturas distintas, se encontró que en los participantes asiáticos la necesidad de idoneidad y autonomía era menor frente a la de relación.

Como referimos brevemente al comienzo de esta introducción, las diferencias entre las culturas influyen drásticamente en la toma de decisiones. Una investigación de la Universidad de British Columbia, de Canadá, reveló la importancia que se le otorga a la felicidad y satisfacción personal al momento de decidir y cómo se observa una diferencia entre participantes occidentales y orientales. Para esto, les mostraron a unos y otros dos actividades, que consistían en juegos de computadora del estilo de rompecabezas, entre las que tenían que elegir. Una tarea se presentaba como divertida pero, se les aclaraba, que no tendría un impacto en las capacidades intelectuales; la segunda tarea se describía como beneficiosa para mejorar el rendimiento intelectual, pero no era placentera. Medían así las preferencias en torno a los valores de utilidad frente a los de satisfacción. Los resultados mostraron una clara tendencia de los occidentales a privilegiar lo placentero por sobre lo necesario. Confirmaban así una diferencia entre culturas en el lugar otorgado a la satisfacción personal.

Los científicos hicieron otro estudio con una vuelta de tuerca: midieron qué rol tenían las expectativas de obtener satisfacción en participantes originarios de países del este asiático, pero residentes en Canadá (es decir, personas que estuvieron expuestas a los dos tipos de culturas descriptas). La prueba, similar en su sentido a la anterior, consistía en que los participantes tenían que elegir un curso académico al que asistir, algunos eran entretenidos

y otros, útiles. Pero antes de administrarla, dividieron a estos participantes en tres grupos: a los miembros del primero les pedían que leyeran una historia en la que se tomaban decisiones ponderando valores colectivos; en otro grupo, el texto que les daban a leer privilegiaba valores individuales; y, un tercer grupo control, no leía nada. Lo que buscaban observar era si facilitar de manera evidente una visión colectiva o individualista influía en las decisiones de los sujetos que conocían las dos culturas. En este caso, concluyeron que esta facilitación daba cuenta de que los asiáticos brindaban menor importancia al disfrute cuando antes eran expuestos a los valores de las culturas colectivistas. En conclusión, los investigadores encontraron que son las diferencias culturales las que hacen que se le asigne un rol de mayor o menor importancia a la posibilidad de obtener satisfacción. Y estas divergencias se vinculan con la representación que tienen las personas de sí mismas, si se conciben como seres independientes o interdependientes. Pero la influencia del ambiente no termina acá, ya que la cultura, como referiremos varias veces en el libro, también produce modificaciones en el propio cerebro.

Una investigación midió el nivel de activación de la corteza prefrontal ventromedial ante el procesamiento de adjetivos que describían a los participantes, a sus familiares y a extraños. Retomaron la distinción entre la cultura occidental en la que predomina una visión de mundo individualista y la cultura oriental con una

concepción colectivista. Observaron así que los occidentales tenían un mejor rendimiento en recordar los adjetivos que se referían a ellos mismos; mientras que los originarios de países orientales tenían un muy buen rendimiento en el recuerdo de los adjetivos que los describían a ellos pero también en los que aludían a los familiares. En ambos casos el desempeño fue menor en lo que respecta a la caracterización de los extraños. Lo novedoso del estudio fue que registró una correlación entre el reconocimiento de los adjetivos y la activación de la corteza antedicha. El buen desempeño en la evocación de los adjetivos coincidía con la activación de esta zona cerebral. Entonces, en los participantes orientales se activaba cuando recordaban los adjetivos que los describían a ellos y a sus familiares; a diferencia de los occidentales en los que solo ocurría en el primer caso. Como cortados por la misma tijera.

► **Cortado por la misma tijera.** *fñ.*

adj. colog. Quien comparte características, comportamientos y actitudes con otra u otras personas.

La ciencia tiene voz

Muchas políticas públicas e intervenciones institucionales para combatir el hambre, la pobreza y la corrupción

deben rediseñarse e incluir una comprensión cabal sobre cómo los humanos pensamos, nos comportamos y tomamos decisiones. Esta reformulación se vuelve necesaria porque esas políticas muchas veces derivan de presuposiciones vagas o concepciones fallidas sobre nosotros mismos, es decir, sobre aquellos sujetos a quienes esas políticas deben estar dirigidas.

Solemos pensarnos como seres racionales, sin embargo, nuestra conducta es mayoritariamente automática, intuitiva y emocional. Los seres humanos tomamos decisiones permanentemente y la velocidad de los eventos que nos suceden hace que no haya recursos cognitivos y datos disponibles necesarios para analizar de forma lógica y analítica. Asimismo, como no siempre es bueno seguir estos atajos, existe también un sistema de toma de decisiones lento, racional, deliberado y a largo plazo.

Muchas veces existe la ilusión de que las decisiones colectivas son el resultado directo de la suma de las voluntades individuales. Sin embargo, los sistemas en donde estas decisiones se ejercen son motores centrales de las mismas. Esto se puede ver con claridad en un conocido análisis sobre las donaciones de órganos. En algunos países europeos, la prevalencia de donar órganos es altísima y en otros países vecinos con características culturales, religiosas y sociales similares, es muy baja. En los primeros, los ciudadanos tienen que marcar con una cruz si no quieren donar los órganos, caso contrario automáticamente se obtiene el consentimiento (de esta manera, la

gente no marca y dona); en los segundos, los ciudadanos tienen que marcar con una cruz si es que aceptan participar (de esta otra, la gente no marca y no dona). ¿Qué cambia en un caso y en el otro? ¿Es que los primeros son generosos y los segundos mezquinos? ¿Cuál es el elemento más influyente: la decisión individual o el mecanismo en el que la misma debía manifestarse?

No es conveniente para la política pública partir del supuesto erróneo de que las personas somos como no somos o supuestos ideales de que las personas somos como deberíamos ser. La sociedad civil, los gobiernos y las organizaciones comprometidas con la vida social pueden beneficiarse con conocimientos científicos sobre la conducta humana. Y así, mejorar la implementación de medidas que impacten en las decisiones individuales y su contexto y que estas, a su vez, repercutan positivamente en el desarrollo de toda la comunidad.

El capital mental de los argentinos

Este libro pone por caso a la Argentina. Pensemos siguiendo esta idea que algunos de sus principales retos en un mundo cambiante e hiperinterconectado tienen que ver con la necesidad de incrementar las habilidades y conocimientos de quienes lo habitan, nuestra innovación y creatividad. Porque si los argentinos queremos prosperar en un entorno global y dinámico, es vital que demos lo mejor de nuestros recursos. Pero, ¿cuáles son?

Los Estados y las instituciones en general tienen un rol primordial en la creación de un contexto en el que cada uno (otra manera de decir “todos”) tenga la oportunidad de *floreecer*, es decir, dar lo mejor de sí. La prosperidad personal y de la comunidad, la igualdad y la justicia social en nuestro país dependerán del aprovechamiento cabal del talento de nosotros mismos. Alentar y colaborar unos con otros para potenciar sus capacidades será crucial para el devenir personal pero también social, es decir, nuestro futuro crecimiento y bienestar. Pensémoslo unos momentos.

La ciencia ha progresado asombrosamente en las últimas décadas y permitió tener a disposición de los decisores políticos y económicos renovados conocimientos para brindar apoyo a las personas, a las familias y a las organizaciones en la construcción y mantenimiento de su bienestar y capital mental. Es que uno y otro están íntimamente relacionados.

¿A qué llamamos “capital mental”? El capital mental abarca los recursos cognitivos y emocionales de una persona: su capacidad de aprendizaje flexible y eficiente, las habilidades sociales y de adaptación frente a los desafíos y tensiones del entorno. Por lo tanto, condiciona su calidad de vida y la manera en que es capaz de contribuir eficazmente a la sociedad. Por su lado, el bienestar es un estado dinámico que se ve reforzado cuando somos capaces de cumplir con nuestros objetivos personales y sociales al mismo tiempo que logramos un *sentido* dentro de la sociedad.

Diversos factores que analizaremos a lo largo de este libro afectarán drásticamente al país en las próximas décadas y es necesario tenerlos en cuenta ya. Por ejemplo, la esperanza de vida aumentará de manera impactante. Nuestro concepto de lo que constituye la *vejez* cambiará, y las nociones de *retiro* se resignificarán en respuesta a la vida más extensa. Como ya nos referiremos más adelante, debemos pensar cómo asegurar que el número creciente de personas mayores mantenga en las mejores condiciones su capital mental y, de esta manera, preservar su independencia y bienestar. También es fundamental tomar decisiones para fortalecer dicho capital mental y que la sociedad en su conjunto pueda aprovechar de ese recurso invaluable. Esto, además de fructífero en sí, también es una estrategia muy eficaz para revertir el torpe estigma de la vejez. Por otra parte, las nuevas tecnologías y la globalización seguirán presentando grandes desafíos a nuestra economía y nuestra sociedad cada vez más basada en el conocimiento. Los niveles de habilidades serán críticos para la competitividad y la prosperidad. Para esto será crucial la formación permanente y la promoción de contextos creativos y de innovación con el fin de que todos, cumplamos la función que cumplamos, podamos potenciar nuestras capacidades. La preparación para hacer frente a los nuevos desafíos tiene que comenzar temprano en la vida fomentando la mejor *disposición para aprender*. Ligado a esto, otro punto fundamental tiene que ver con la educación. La relación entre ciencia y educación

puede colaborar para el rediseño de políticas educativas y programas para la optimización de los aprendizajes en el mundo actual. Neurocientíficos y educadores trabajando interdisciplinariamente pueden contribuir en la búsqueda de respuestas sobre algunas claves del desarrollo de nuestros niños y jóvenes: cómo piensan, cómo sienten. La inversión en educación de calidad redonda con creces en el capital mental de la sociedad. Esto que parece obvio desde el juego de palabras y desde el sentido común, debe plasmarse como prioridad de nuestra sociedad argentina y que eso se constituya en pilar y política de Estado. De verdad.

La Argentina actual está tejida de una multiculturalidad creciente y un cambio de estructuras familiares y sociales que nos deben impulsar a una interacción cada vez mejor entre nosotros. Se trata de una gran oportunidad para reconocer más la virtud de la diferencia y, también, para conformarnos como sociedad integrada. El éxito en esto puede promover un ciclo virtuoso de oportunidades, mayor inclusión y cohesión social; el fracaso, por su parte, puede alimentar tensiones, aumentar la fragmentación de la sociedad y la exclusión social. No podemos fallar en esto.

Sigamos poniendo por caso a la Argentina nuestra. Debemos estar convencidos de que aquella política que priorice el capital mental es la que nos permitirá el desarrollo y, de esta manera, cumplir con uno de los objetivos que nos exige el preámbulo de la Constitución Nacional:

la promoción del bienestar general. *El cerebro argentino* se trata de eso.

► **Hablar en criollo.** *loc. vb. coloq.*

Hablar claro, con franqueza.

Este libro que comienza está organizado a partir de grandes temas que no son más que formas de ordenar una reflexión. Por supuesto que esto no implica un ánimo totalizador ni unívoco. Se trata de una invitación a pensar entre todos cómo somos y, a partir de eso, a encontrar los caminos para lograr el desarrollo individual y social. El primero de estos núcleos es el que aborda nuestra compleja relación con el pasado y la construcción de la memoria social; el segundo, que se llama “enamorado de la crisis”, plantea sus causas y consecuencias así como los modos de afrontar la adversidad; el siguiente es el de la relación con el otro, las maneras que tenemos de entender y vivir en comunidad (el trabajo en equipo, la competencia, la violencia, la viveza criolla, la moral); el cuarto capítulo tiene que ver con el trascendental tema de la toma de decisiones personales y generales (intuiciones, libre albedrío, liderazgo, corto y largo plazo); y el último, con la empatía, el amor, la amistad, y, fundamentalmente, las formas que tenemos de entender y alcanzar la felicidad.

A lo largo de todas estas páginas –como ya se vio en esta presentación– los textos se van a ir hilvanando con *frases, dichos y locuciones* del habla argentina que cumplen la función de costura de este entramado, pero también de huella colectiva, como esos senderos silvestres que se dibujan en el pasto de tanto pisarlo. Nos estamos leyendo.